



7 de Diciembre, 2025

El Segundo Domingo de Adviento

"Produczan frutos buenos como prueba de su cambio de corazón."

Mateo 3,8



Queridos Amigos,

Aquí, en la segunda semana de Adviento, Isaías nos ofrece una visión hermosa: lobos y corderos pasando el rato como viejos amigos, un niño guiando a animales salvajes y un mundo gobernado por alguien que realmente “lo entiende”: alguien que no juzga por apariencias, interés propio o poder, sino por justicia, misericordia, compromiso con los pobres y una sabiduría llena del espíritu.

Quizá sea cosa mía, pero es difícil no notar lo cargada de sentido político que está esta visión. No es partidista, pero sí profundamente política. Isaías no está imaginando una tarjeta navideña acogedora. Está describiendo un mundo reordenado desde sus cimientos. Es un mundo donde los pobres no son simplemente un pensamiento tardío. Donde los ricos y poderosos no devoran a los débiles. Donde los líderes no se limitan a actuar una interpretación, sino que se toman tiempo para escuchar. Donde la justicia florece en la comunidad no por miedo, sino por bondad. Este es el tipo de mundo por el que todos suspiramos, aunque parezca lejano.

En el Evangelio de Mateo, Juan el Bautista aparece desde el desierto, salvaje y sin filtros. Su comida y vestimenta lo vinculan con Sansón, Samuel y Elías, quienes representan una tradición de resistencia a la injusticia y un modelo revolucionario para renovar la sociedad. Juan no está interesado en “lo de siempre.” Juan desafía a todos, pero sus críticas más agudas van dirigidas a las élites adineradas. No se enfoca únicamente en faltas personales; busca un cambio real que sacuda tanto los sistemas sociales como los corazones.

“...Preparen el camino del Señor, enderezan sus senderos,” significa: dejen de normalizar la mentira y la corrupción. Dejen de fingir que la deshonestidad y la injusticia son inevitables. Dejen de llamar “así son las cosas” a estructuras rotas. Dejen de permanecer ciegos y silenciosos ante los pecados de la sociedad. Adviento no es solo esperar pasivamente un futuro lejano. Es preparar activamente la transformación del mundo. Ese tipo de transformación exige conversión, arrepentimiento, reforma, cambio social, revolución y una transformación radical de la condición humana. La transfiguración y la resurrección de Jesús son símbolos del cambio que anhelamos: un mundo y una humanidad iluminados desde dentro por la gloria de Dios.

En la carta a los Romanos, Pablo nos recuerda que el plan de Dios es comunitario y universal. No es tribal, nunca nacionalista, nunca sobre “los de adentro” contra “los de afuera.” Judíos y gentiles, nosotros y ellos, todos están invitados, todos son bienvenidos. Todos forman parte del amplio reino de Dios moldeado por la misericordia. Esto desafía directamente cualquier visión política que limite nuestra compasión o trace círculos estrechos alrededor de quienes “cuentan.”

Nuestras lecturas de hoy son claras acerca del tipo de mundo que Dios desea: líderes que defiendan a los pobres; sistemas que no aplasten a los vulnerables; comunidades que elijan la paz en lugar del miedo; una política moldeada por la verdad y no por el mercadeo; personas cuyos corazones y visión se extiendan más allá de sus fronteras. Durante el Adviento, Dios nos susurra: “Sí, el mundo está roto. Pero no te acostumbres a eso. Estoy haciendo algo nuevo.” Dios nos usa para preparar el camino—en nuestros corazones, en nuestras comunidades e incluso en nuestra imaginación política. Tal vez el Adviento nos pida no prepararnos para un día santo, sino para un mundo santo. Nos negamos a aceptar que el mundo no puede cambiar.

Porque, según Isaías... puede. Según el Bautista... debe. Según Cristo... cambiará.

Paz,

Ron

This letter is available in English on the web: www.anne.church